



# El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 8927

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

—CONDICIONES—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, St.

—LAS SUSCRIPCIONES, Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN CALLE MAYOR 124.—

## CARTAGENEROS!

Si por desgracia se presentara el cólera ó la fiebre amarilla en esta ciudad, no temáis el contagio. Si lavais vuestra ropa con la LEGIA JABONOSA de José Ignacio M. abel, pues es el mejor de los desinfectantes que se conocen, hasta e pu to de que el gobierno de los Estados Unidos tiene ordenado su uso en todos los establecimientos oficiales de la República.

Para inteligencia del público esta Legia Jabonosa se diferencia de las otras en que su color es algo moreno y de paquetes, en que este lleva la Cruz de Malta por marca de fábrica.

¡OJO!—No dejarse sorprender por las diferentes legias que se expenden en Cartagena con otros nombres. Pedid la Jabonosa que se vende en los establecimientos Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruiz, droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puer a de Murcia; D. Tomás Sosa, calle de Osona; D. José Ruiz Navarré, Comedias 5; D. José Romera, Castellini 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verdura; Sra. Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verdura 14; D. José Andrau, San Francisco, esquina Palas; D. Ginés García Canabate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, gloriosa; D. Enrique Aragón, Duque 17; D. Antonio Conesa, Santa Florentina 37; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18 y D. José Pagán, Aire 8.

Unico representante para las provincias de Murcia y Albacete, D. Fernando Giménez de Berenguer, Lizana 8, principal, Cartagena.

LUNES 3 DE AGOSTO DE 1891

### CONSULTA MÉDICO QUIRÚRGICA GRATUITA.

D. Juan Julián Oliva, ex-alumno interno de la Facultad de Medicina de Madrid, ha establecido todos los días calle de las Beatas número 13, pral., de 12 á 1 de la tarde, y especial para las enfermedades de mujeres y niños de 9 á 10 de la mañana.

### MME. LEONIE BROUTIN MODISTA DE SOMBREROS

Calle de Jara número 9, principal. LA SEMANA ANTERIOR.

¡Habrá quien por el calor, que desde luego molesta, reniegue de los veranos del pueblo de Cartagena? No debe haber, pues son tales y tantas aquí las fiestas, que resulta extraordinaria, esta estación veraniega. Con solo salir al muelle y respirar brisa fresca disfrutan los moradores de nuestra hermosa tierra. Y por si esto no es bastante en ese muelle se eleva elegantes como pocas, la deslumbradora feria, que es orgullo de los propios y encanto de los de fuera. En ella encuentra el curioso todo aquello que desea desde la rica esmeralda al melocotón ó pera, desde el adorno más fino hasta el añadido ó trenza de cabello negro ó rubio que luego los huecos llena de las más hermosas damas en sus sedudas cabezas. De todo en la feria hay habiendo guita dispuesta, y á veces una costilla puede sacarse de ella con tal de fijar los ojos del bello sexo en cualquiera, porque preciosas son todas menos las que son muy feas.

¡Pobres padres de familia! A todos os compadezco. Pues mientras la feria dura cada casa es un infierno. Los chicos piden juguetes, y no se quedan contentos. Si los juguetes comprados son juguetes de silencio. La cosa es hacer ruido, la cuestión armar estrépito, así que, á voces, exigen pitos, tambores-chinescos, organillos, castañuelas, trompetas de son bien recio, bufetas de esas que aturden, y cartagineses cuernos. Vamos, en una palabra, que allí donde hay un chicuelo no se puede estar tranquilo con tanto y tanto jaleo.

La semana, pues, pasó, el pueblo se divirtió con tanto y tanto festejo y complacida quedó la comisión del Concejo.

## VARIEDADES

### MAL ENGENDRO.

No es mi ánimo calificar la ley autorizando el Banco de España para el aumento de la circulación fiduciaria. Hanlo sancionado con sus votos los representantes de la nación, y yo, el más humilde de todos los españoles, sólo puedo tener para leyes que así se sancionan, algunas sonrisas de amable indignación.

Tampoco se piense al ver como título de este artículo, que voy á entrarles un poco de macho por los baldíos terrenos «reformísticos» del farmacéutico insigne Sr. Fabié. Tendría para esto que pluralizar mi epigrafe, que no ha sido un engendro solo el parido por el académico boticario.

Sólo me propongo arrancar de la cartilla mis recuerdos una historia, en la figura como principal personaje un ciudadano que «Mal Engendro» por mote se llamaba, enemigo de toda adulteración en el relato de las cosas que fueron, á plaza le saco con el nombre que usara, á fin de que sus coevos, si por acaso me leen no tengan que rectificarme en punto de tan indiscutible importancia.

«Mal Engendro» fué un paisano del insigne Peral. (Este insigne, conste que no sale de adentro.) Con más fortuna que éste tal vez porque tenía menos enjundia que de tiempos afejos es que esa señora—la fortuna—sin que se sepa por qué, favorezca más al que probablemente menos lo merece, su fama en la mala Cartagena era tan grande, que á pesar de haber muerto ya hace algunos años, aún si preguntais por él á las personas que cuentan cierta edad, os dirán cosas peregrinas.

«Mal Engendro» no tenía profesión conocida, ni oficio cuyo producto á su manutención subviniere. No podía, sin embargo, decirse de él que era un vago de esos que se ven en algunas poblaciones; de esos con que el festivo Búrgos forma una leva en el acto primero de su «Tráfalgar.» A «Mal Engendro» dejásete todos los días transitar por las

calle de Cartagena y por el muelle apenas las puertas de la muralla se abrían, siempre acompañado de algún extranjero,—pues por la gente su paisana no sentía afecto muy grande—recorrer de aquí para allá entera la población.

¿Cuál, pues, era—dirá algún impaciente—la ocupación de «Mal Engendro»? ¿Tenía fortuna? ¿Vivía de la mendicidad? Nada de eso. «Mal Engendro» pasábase la vida haciendo oficios de intérprete.... sin saber idiomas. El suyo, según personas que bien le conocían, no le dominaba en absoluto. De ahí su popularidad. De ahí el que no le tomaran en serio sus paisanos. De ahí, por último, el creer yo que el personaje de mi historia es acreedor á que en mármoles y en bronce, por celebrármos buriles, su nombre se perpetúe, por haber realizado una hazaña superior á la que de su inculta inteligencia pudiera esperarse.

Apenas andaba en el muelle de Cartagena un vapor, fuera este de la nacionalidad que fuese, entre la turba de desaharrapados que acudían á ofrecerse á los viajeros para la conducción de su equipaje hasta la fonda, verías á «Mal Engendro» abriéndose paso por entre todos; separando con sus membrudos brazos á los que pretendían estorparle, y salir al cabo al lado de un ruso, de un alemán ó de un francés, que todos le eran igualmente simpáticos, gesticulando desmesuradamente y hablando en tonos más fuertes que los por él empleados de ordinario en sus conversaciones particulares, lo que producía entre los habitantes de la población, que al pasar le encontraban, la consiguiente algazara.

Pero, ¿y cómo se las componía para entenderse con aquellos ciudadanos, cuyo idioma le era desconocido? preguntarán ustedes.

Pues de una manera muy sencilla. A todos hablaba el lenguaje mismo, el castellano, único que hasta cierto punto poseía. Creía él—como creen otros muchos que no son engendros malos, y á quienes la suerte coloca en trances semejantes—creía él, digo, que con hablarse despacio, á tropicones, más fuerte que de costumbre y ayudándose con la acción constantemente, bastaba para hacerse entender de cualquier francés, alemán ó ruso. Y, lo que son las cosas, en muchas ocasiones la casualidad venía á darle la razón. En otras, el bueno de «Mal Engendro» era contrariado por el mal humor de algunos pasajeros, los que creyéndose objeto de una burla de mal género, le apartaban de su lado de un modo bastante significativo. Bien que, acostumbrado nuestro hombre á estos que él llamaba perances del oficio, ni se arrepentía ni se enmendaba, pues tenía en cambio, en la prodigalidad de otros emolumentos, bastante á resarcirle de aquellos contratiempos.

Si me decidiera á contar cuantas anécdotas conozco de este moderno héroe de Cartago, habría más que motivo para que los que me leyeran se aburriesen. Una vida de muchos años dedicado á la práctica de tan arriesgada costumbre, había de contener necesariamente, y contie-

na, á muchos incidentes curiosos. «Mal Engendro» sucedidos.

Pero no referir alguno, tras tan largo proemio, por no dar en pesado, sería dar en otra cosa peor, que debo con no menos empeño rehuir.

Cierto día, un capitán de la marina mercante de la vieja Inglaterra, dirigiase, no corriendo, que esto sería impropio de la seriedad británica, pero sí á buen paso, en dirección á la muralla. Las puertas de la ciudad podían cerrarse, y él tenía forzosamente que dormir á bordo. «Mal Engendro» se le encuentra, y poniéndosele delante, lo que estuvo á punto de costarle un buen disgusto, le dice en el tartamudesco lenguaje con que él creía hacerse entender.

«¿Dónde va usted? No corra... tanto. Las puertas... no se han... cerrado todavía. No... corra tanto.» El inglés en sus propósitos y «Mal Engendro» firme en su idea, llegaron ambos hasta la muralla. Acababan de cerrar las puertas, y á la oportuna intervención de un guardia del Municipio se debió á que el inglés, que achacaba á la breve cuanto intempestiva detención de «Mal Engendro» el haber llegado tarde, no desahogara en él su furia.

En otra ocasión, el moderno cartaginés acompañaba á un alemán, á quien se unió apenas puso éste el pie en tierra. Algo que para entender el español el súbdito de Guillermo, y la insistencia en acompañarle demostrada por nuestro hombre, llevóles juntos á un establecimiento con honores de bazar. Allí el alemán se dirigió con intención de comprar un lapicero, indicando lo con las manos y alguna que otra palabra suelta á su acompañante. «Mal Engendro» con la franqueza que le era peculiar, si, si, decía por toda contestación al mal aconsejado extranjero, y apenas se le puso delante un dependiente, «¡Fídeos, saque usted fídeos!» le dijo con una convicción digna de mejor causa.

El alemán, apenas vió la caja que contenía la amarillenta pasta, torció el gesto con visible contrariedad, y habló algo que bien podían ser reconveniones á su intérprete por lo mal que desempeñaba su cometido. Más no era éste de los hombres que fácilmente se turban, y contestando al dependiente, que con la vista parecía preguntarle, «¿qué dice?» y creyendo haber, por fin, penetrado en los deseos del alemán añadió:

«Es que los quiere más gordos (H) ¡Fídel Melganes!»

Solución á la charada inserta en el número anterior:

MUCHACHO

### CHARADA.

En prima ó segunda canta mi niña cualquier canción, y el todo le da á su madre una jaqueca feroz.

La solución en el número próximo.

### DE TODO Y DE TODAS PARTES

Desde que el emperador de Ale-

mania, se abstiene de beber cerveza y de hacerse inyecciones de morfina, observanse cambios bastantes singulares en su estado general.

(Advertimos que damos estas noticias bajo la fe, no muy segura por cierto, cuando se trata de Alemania, de periódicos franceses.)

De agitado que era, el emperador Guillermo se ha vuelto de pronto lánguido y apático.

No se interesa ya gran cosa en la política, y se ha entregado con verdadera pasión á la fotografía; todas las vistas y paisajes son fotografiadas por S. M., que enseguida se coloca delante del objetivo en diferentes trajes.

El fotógrafo Reichardt, que ha instalado su gabinete fotográfico á bordo del «Hohenzollern», es ahora su gran favorito.

En Postdam, la gran ocupación de Guillermo II es trazar el bosquejo de un retrato de Federico el Grande, que se propone pintar. El rey de Prusia está representado en relieve y conducido entre nubes por unos amocillos.

El emperador está á punto de acabar su obra.

Acaban de terminarse las operaciones del empadronamiento en Londres.

La capital de Inglaterra cuenta, en la hora presente 5.633.392 habitantes; es decir, casi tantos como Bélgica entera.

Londres es más poblado que Suecia (4.800.000), que Portugal (4 millones 500.000), que Suiza (3 millones), que Bulgaria (3.000.000), que Sajonia (3.200.000), que Dinamarca (2.200.000), que Grecia (2.000.000) y que Noruega (2.000.000).

Londres tiene, por añadidura, dos veces más habitantes que el Canadá—que es tan grande como Europa,—y cuenta un millón más que toda la Australia.

El tiempo que necesita una persona saludable para digerir el arroz cocido es una hora; los garbanzos, dos horas y cuarenta y cinco minutos; la yuga, dos horas; el pan viejo, dos horas; el pan fresco, tres horas; la col cocida, cuatro horas; las ostras, dos horas y media; el pollo, cuatro horas; las chuletas de cerdo, hora y media; las de carne, 3 horas; las de vaca ó ternera, 4 horas; el puerco asado, 5 horas y cuarto; el huevo crudo, 2 horas y cuarenta y cinco minutos; el huevo cocido, 3 horas, y el huevo cocido duro, tres horas y media.

Para saber el día de la semana que corresponde á cualquiera fecha de mes, se toman las dos últimas cifras del año y se añade la cuarta parte despreciando las fracciones. Después se agrega la fecha del mes y el número que le corresponde, según la tabla que más abajo ponemos.

La suma de todas estas cantidades se divide por 7 y el sobrante de la división dirá el día que se desea saber.

Si sobra 1 será domingo, si 2 lunes, etc., y si nada sobra será sábado.